

C. Roberto Fragomeno C.

De Babelia a la Revolución. Acerca del libro de Helio Gallardo: *América Latina. Producir la Torre de Babel*. Editorial Arlekín, San José, 2015, 435 páginas

*¿De aquí como se sale? (Pregunta Alicia)
Depende de adónde quieras ir
(Responde el gran Gato).
Lewis Carroll, Alicia en el país de las
maravillas*

1. Este libro es otro de los momentos donde Gallardo nos presenta su propia autoconciencia política. Su propio legado. Gallardo nunca nos recetó una pomada para las arrugas. Aprecia, más bien, la vida popular y valora los refinamientos que surgen de ella y de sus torbellinos como, por ejemplo, cuando quieren ser como dios y desobedecen al padre construyendo una torre.

Su pensamiento político tuvo y tiene sonoridad bíblica y no siempre cae en la cuenta de que si la torre se termina, la temporalidad se volverá inmóvil. Que si la torre terminada queda fija en la retina ya no necesitará ser descifrada. Porque Gallardo interpreta otra cosa: la torre son el tiempo y el espacio donde el pueblo se funda a sí mismo como un acto de autocreación. Un crisol pagano de voluntades mezclado con toneladas de evangelismo social.

Gallardo hace apuestas fuertes sin abandonar esa veta pedagógica y predicadora. Su palabra no es recomendable para almas timoratas, lineales y euclidianas. Su ontología política es compatible con su línea discursiva: Gallardo es lo que escribe.

Y en su relato van los pobres del mundo como una Babel itinerante construyendo su leyenda destinal, navegando entre su historia fáctica y su

historia mítica. Y ahí van los pobres del mundo que lo quieren todo y que quieren una izquierda posible y una izquierda utópica. Quieren lo real y quieren la apariencia. Gallardo no cita a Gramsci (tal vez porque el italiano era hegeliano) pero nos lo recuerda: hay que ocupar todos los espacios, disputar todos los frentes y construir poder común.

La torre de Babel es igual que la política y lo político: compleja; jugándose en varios terrenos; enfrentando cuerpos e ideas; desatando pasiones inteligentes y tristes y problematizando los usos del lenguaje. La Torre de Babel, lo político y la política coinciden porque quieren crear mundos nuevos y porque disputan las palabras con las que nombramos el mundo. Gallardo substancializa la torre y la política: las hace como una pared escabrosa que hay que escalar hablando.

2. Pero, convengamos en que algunas cosas han cambiado y transformemos a Gallardo y su libro en el modo de una discusión política. Hay una derecha que ha cambiado empezando por esa derecha que hace política despolitizando y que ya es experta en operaciones semiológicas, y su maestro es el Papa argentino. No es que la derecha desubjetiva. Ahora construye subjetividades de mercado, gana elecciones y tiene arraigo popular.

Ya no estamos tan seguros de tanta metáfora bíblica, de tanta teología y de tanta teología de la liberación. No estamos tan seguros de que sean un buen camino discursivo. Si uno crece, crece con

el pasado y contra este. Pero a Gallardo le agrada ese proyecto bíblico-revolucionario que también abracé en mi juventud y ahora veo con nostalgia de tango pagano y misericordia laica.

A veces tenemos ganas de discutir con Gallardo para decirle que el momento exige diferenciación y no redundancias. Claro que hay que seguir viendo las desdichas de la Modernidad; las incomodidades de su política, de su sexismo y de su economía, y claro que hay que seguir politizando el discurso y explicitando que eso que llaman “objetividad” son intereses no declarados.

El lenguaje cristiano, su agenda de temas y las tensiones internas de su discursividad en algunos casos se “modernizan”. Pero en estructura no abandona su artificialidad barroca. Pero, ¿en qué consiste el atractivo de ese lenguaje en nuestra época y situación? ¿A qué se debe que este lenguaje sature teórica y emocionalmente un proyecto teórico-político como el que sostiene Gallardo?

Y le estamos otorgando a lo cristiano legitimidad para justificar la acción revolucionaria, para justificar la construcción de la Babel futura. Le estamos dando a lo cristiano la medida de un mérito transformador. Y ese es el problema: la legitimidad de inscripción en lo cristiano se confunde con la marcha de la misma revolución.

Pero también queremos que las palabras se salgan de cauce y que reexaminemos si hay una ontología compatible entre marxismo y cristianismo, y no la demos por sentado. Por la legitimidad dada a este supuesto, Gallardo da por sentado que la pornografía es deleznable sin siquiera citar a su colega Camilo Retana que, aun estando equivocado, nos ofreció una hermenéutica distinta. Por culpa de esa matriz se estima que la prostitución adulta es denigrante y Gallardo, contra todo pronóstico, se pone del lado de los abolicionistas (página 210). Por darle legitimidad a esa matriz se

cree que fue J. L. Segundo el que propuso unas categorías que ya estaban en Kant y, sobretodo, en Hegel (página 283). Y por darle legitimidad a esa ontología el arte está ausente o incluido en la religiosidad.

Fijémonos en el tercer ingreso de la primera sección: dos páginas para la filosofía, once para la cuestión religiosa y la teología. Parece más importante citar a Juan Pablo II que a Hegel (pensador que Gallardo no conoce pero desprecia) y encarar la crítica desde el “pensamiento social” pero nunca desde la filosofía.

Gallardo conoce la sabiduría del pueblo pero no la pone en tensión con la de la filosofía. Y en eso, desmiente a Marx y nos empobrece a todos. La ausencia de filosofía y de filosofía hegeliana es, en Gallardo, una forma compleja del error, de cierta precipitación conceptual y de ausencia de deseo por lo filosófico.

Obvio es decir que esta ausencia de filosofía es una decisión política porque, en Gallardo, todo lo que no es astronomía es política.

Pero lo que digo no lo debilita porque él y todos nosotros sabemos que los temas de este libro babélico son imprescindibles para comprender la época. Y, lo más importante, son imprescindibles para encontrar una causa por la que valga la pena perderlo todo.

C. Roberto Fragomeno C. (robfrago@galeon.com). Licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. *Magister Scientiae* en Sociología por la FLACSO. Docente e investigador de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica. Director de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica. Autor de cinco libros y de cuantiosos artículos publicados en revistas especializadas en Filosofía.